

**Díez Fischer, Francisco Martín**

*Oído, juego y comunidad hermenéutica: para  
una fenomenología del oído*

XVI Encuentro Nacional de Fenomenología y Hermenéutica, 2005  
Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires. Centro de Estudios  
Filosóficos Eugenio Pucciarelli

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Díez Fischer, F. M. (2005, septiembre). Oído, juego y comunidad hermenéutica : para una fenomenología del oído [en línea]. Presentado en XVI Encuentro Nacional de Fenomenología y Hermenéutica, Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Pucciarelli, Buenos Aires, Argentina. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/contribuciones/oído-juego-comunidad-hermeneutica-diez.pdf> [Fecha de consulta: .....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Trabajo presentado en el *XVI Encuentro Nacional de Fenomenología y Hermenéutica*.

Organismo Organizador: Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Pucciarelli de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires.

Lugar y Fecha: Buenos Aires, septiembre de 2005.

### **Oído, juego y comunidad hermenéutica**

– para una fenomenología del oído –

Tratar sobre intersubjetividad y comunidad, es intentar pensar sobre formas de habitar junto a otros en tierras cambiantes; pensar entre la posibilidad de enemistades rotundas y tejidos flexibles con arte para la diferencia.

Después del tiempo y la verdad de los mayores, llegadas estas épocas más infantiles y lúdicas, hablar de “intersubjetividad” es una tarea, por lo menos, inquietante. ¿Qué hay para decir sobre ella, pensando desde la flexibilidad de la filosofía hermenéutica, y sabiendo que, después de la fenomenología, la victoria de un pensamiento depende del arte de volver a las cosas mismas?

La estructura de este trabajo tiene dos ejes. Un sentido de pertenencia: el oído, y un movimiento de participación: el juego.

Comenzar por el oído es dar crédito a los sentidos, es confiar en la apariencia y es prestar disponibilidad a la comunidad. El oído es uno de los lugares de encuentro, tal vez, el más originario, no sólo para la tradición bíblica. Somos oyentes antes del nacimiento y hasta el último instante antes de la muerte. El oído es el sentido que no descansa en el sueño, el que permanece siempre alerta y abierto, el que permite despertar. Es el sentido que inquieta, el que no tiene párpados, el lugar por donde sangra el ego cuando entran sonidos extraños. Es la indeterminación por la que se puede dejar ser en sí todas las cosas; el espacio de encuentro entre sonido y sentido.

El privilegio, que ya Aristóteles le reconoce al oído, tiene una significación antropológica: el hombre es originariamente un ser oyente. Su racionalidad tiene a través del oído la condición finita de sus posibilidades. La hermenéutica, como filosofía, representada por Hans-Georg Gadamer, se sostiene sobre este presupuesto. ¿Qué significa oír?

“No es sólo que el que oye es de algún modo interpelado. Hay algo más, y es que el que es interpelado tiene que oír, lo quiera o no. No puede apartar sus oídos igual que se aparta la vista de algo mirando en otra dirección. Esta diferencia entre ver y oír es para nosotros importante porque al fenómeno hermenéutico le subyace una verdadera primacía del oír, como ya reconoce Aristóteles. No hay nada que no sea asequible al oído a través del lenguaje. Mientras ninguno de los demás sentidos participa directamente en la universalidad de la experiencia lingüística del mundo sino que cada uno de ellos abarca tan sólo su campo específico, el oír es un camino hacia el todo porque está capacitado para escuchar el logos.”<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Gadamer, Hans Georg, *Verdad y Método*, Salamanca, Sígueme, 1977, p. 553-554

La condición de oyente implica, en primer lugar, que el oído es el sentido que nos acerca la totalidad. En sus *Kleine Schriften: Filosofía y Literatura, Poesía y Puntuación, La actualidad de lo bello y Texto e Interpretación*, Gadamer afirma que la idealidad de una obra sólo se alcanza cuando se escucha en el oído interior. Este término agustiniano, junto a la propuesta hermenéutica de la universalidad lingüística, evidencia la importancia que este sentido tiene al permitir “una especie de comprensión instantánea que permite ver la unidad del conjunto”. VyM II p 344.

En segundo lugar, el oído es el sentido que indica la relación de pertenencia primordial que estructura a todo ser oyente. La semejanza semántica que existe en alemán entre *hören* (oír) y *gehören* (pertenecer) determina que toda experiencia hermenéutica es siempre una experiencia de pertenencia. El oído requiere la correspondencia y el reconocimiento de un mutuo pertenecer. En **Del Texto a la Acción**, Paul Ricoeur pone de relieve esta pertenencia (*Zugehörigkeit*) como el hilo conductor a través del cual Gadamer analiza las experiencias estética, histórica y lingüística.

El oído presenta la verdadera condición humana de ser perteneciente y partícipe. En este sentido, la conciencia hermenéutica es la conciencia de ser sostenido por tradiciones, de la radicalidad de la mediación del lenguaje y de la finitud del comprender. Es saber que el trabajo del hombre es en escorzos, y por eso necesita escuchar a otros. En **Verdad y Método** escribe:

“El lenguaje en el que participa el oír no es sólo universal en el sentido de que en él todo puede hacerse palabra. El sentido de la experiencia hermenéutica reside más bien en que, frente a todas las formas de experiencia del mundo, el lenguaje pone al descubierto una dimensión completamente nueva, una dimensión de profundidad desde la que la tradición alcanza a los que viven en el presente. Tal es la verdadera esencia del oír: que incluso antes de la escritura, el oyente está capacitado para escuchar la leyenda, el mito, la verdad de los mayores. (...) Precisamente, entonces es cuando el concepto de la pertenencia se determina de una manera completamente nueva. Es “perteneciente” cuanto es alcanzado por la interpelación de la tradición. El que está inmerso en tradiciones –lo que ocurre como sabemos incluso al que, abandonado por la conciencia histórica, se mueve en una libertad aparente– tiene que prestar oídos a lo que le llega desde ellas. La verdad de la tradición es como el presente que se abre inmediatamente a los sentidos.”<sup>2</sup>

Oír es un modo humano de participar, por eso es uno de los sentidos mediadores entre el pasado y el presente, entre la conciencia y el mundo, entre la pregunta y la palabra. Es la parte del cuerpo que le da una lección de humildad a la inteligencia a través de la actualización de esa verdad más antigua que ella misma, que se presenta en forma de interrogación.

En tercer lugar, el oído sostiene la posibilidad fenomenológica de una vuelta a las cosas mismas. A diferencia de los ojos que pueden no querer ver, el oído está impedido de ocultar, es el sentido de encuentro cuya estructura circular semejante al leer y al comprender permite la verdad hermenéutica, tal como la define Jean Grondin: “*adaequatio praejudicci ad rem*”.

---

<sup>2</sup> Ibid., p. 554

La sordera fenomenológica es la “enfermedad moral” de la conciencia que hace caso omiso de ese carácter perteneciente que se le anoticia a través del oído, y desconoce el carácter provisorio y precario de sus síntesis. El adjetivo “hermenéutico” indica la cualidad de una razón oyente que reconoce su estructura pre-juiciosa, y posee por el oído la prudencia necesaria para la vida con otros.

El oído es el sentido del equilibrio. Da la estabilidad que es la prudencia del cuerpo. De algún modo, es el pie firme sobre el que se sostiene la existencia, haciéndola participar de una tierra natal. Pero la referencia de Gadamer al concepto aristotélico de *phrónesis* como antecedente histórico de este saber moral al que queda ligada la facultad de oír, tiene aún otras correlaciones. Escribe Aristóteles en la **Metafísica**:

“Por naturaleza, los animales nacen dotados de sensación; pero ésta no engendra en algunos la memoria, mientras que en otros sí. Y por eso éstos son más prudentes y más aptos para aprender que los que no pueden recordar; son prudentes sin aprender los incapaces de oír los sonidos (...); aprenden, en cambio, los que, además de memoria, tienen este sentido.”<sup>3</sup>

La correspondencia entre escuchar y aprender indica no sólo la indeterminación estructural del ser viviente, sino, sobretodo, que la tarea de formación está ligada al recuerdo. La herencia hegeliana y heideggeriana de la hermenéutica de Gadamer queda en consonancia con este trabajo de la memoria, en especial a través del concepto alemán de *Bildung*, estructurado en torno a la dialéctica de pérdida y retorno.

Oír es la acción hermenéutica que abre el margen para la creación de sí mismo junto a otros, ese espacio de juego en el que es posible la comunidad.<sup>4</sup> El oído se convierte en su presupuesto carnal. Escuchar es ya pertenecer a otros. Prestarles oído es estar atento con el cuerpo, es sostener la tensión física que el tejido comunitario reclama para no rasgarse. Cuanto más dispuesto está el sentido, más rica aparece la tierra común de pertenencia y las posibilidades de co-creación. Por el oído el mundo se alimenta de la esfera lúdica del mito, de esa verdad de los mayores con relaciones más flexibles, y devuelve creatividad a los vínculos, porque trae hasta las márgenes del yo otros modos de ser, pensar, vivir y sentir. Vuelve a decir Gadamer:

“En el comportamiento de los hombres entre sí lo que importa es, como ya vimos, experimentar al tú realmente como un tú, esto es, no pasar por alto su pretensión y dejarse hablar por él. Para esto es necesario estar abierto. Sin embargo, en último extremo esta apertura sólo se da para aquél por quien uno quiere dejarse hablar, o mejor dicho, el que se hace decir algo está fundamentalmente abierto. Si no existe esta mutua apertura tampoco hay verdadero vínculo humano. Pertenecerse unos a otros quiere decir al mismo tiempo oírse unos a otros. Cuando dos se comprenden, esto no quiere decir que el uno “comprenda” al otro, esto es, que lo abarque. E igualmente “escuchar al otro” no significa simplemente realizar a ciegas lo que quiera el otro. Al que es así se llama sumiso. La apertura hacia el otro implica, pues, el reconocimiento de que debo estar dispuesto a dejar valer

---

<sup>3</sup> Met. 980, b 23-25.

<sup>4</sup> La apertura de la experiencia a nuevas experiencias es educar la capacidad de oír como “propiedad incómoda” para el ego, porque, como dice Nietzsche, “al final siempre encuentra más de lo que ha deseado”. El oído tiene el inconveniente de la sobreabundancia, de tener que reconfigurar constantemente el propio horizonte para dar cabida a toda la infinitud que suena en las cosas mismas.

en mí algo contra mí, aunque no haya ningún otro que lo vaya a hacer valer contra mí.”<sup>5</sup>

La experiencia de escuchar enseña el reonomiento de la propia finitud como posibilidad de equivocarse. “El más sabio en una discusión –dice la tradición oyente del talmud- es aquel que la defensa de la propia tradición no lo hace sordo para la palabra del otro.” Ser oyente permite mantener el diálogo ante otra posibilidad, que incluso puede ser puesta contra mí.

La significación semántica del término latino *od-audire* indica esa consonancia entre oír y obedecer, una obediencia que no es sumisión, sino aceptación de poder equivocarse, que no reclama una pertenencia servil, sino la creatividad de la interpretación. Por eso, complemento del oído es ese aprender a narrar, que sólo se logra escuchando historias.

El planteo aristotélico une a este sentido con la posibilidad de recordar: “aprenden (...) los que, además de memoria, tienen este sentido”. La participación de la memoria a través del oído despierta el poder de la narración, la intervención de las palabras fuertes que nacen de la escucha de la tradición, del mito y la leyenda, y recrean el mundo.

A través del juego de prestar oídos a la historia, al tiempo y a la tierra de pertenencia, es posible narrar. En el pasado primordial del mito, hay una sabiduría de “aquel tiempo” que interpela al oyente. La intencionalidad primigenia del oído está dirigida a esa potencialidad, que se ubica en los comienzos, y puede reactualizarse: es la tradición viva que enseña cuando acontece en el presente del oyente. Esta historia reclama el juego de la participación. Por eso, en el oído está la posibilidad de curar las heridas, y de tejer una identidad integra como mismidad comunitaria constantemente abierta y creativa a las voces de otros.

### **La comunidad entre el juego y el oído.**

Pedir este esfuerzo auditivo a hombres que llegan de una época fatigada, tiene que tener casi una delicadeza femenina para no incomodar y, todavía algo más, si quiere anclar con éxito en el presente. Un posible compañero filosófico de esta apología del oído es el “juego”. Como palabra esta más disponible que otras, tal vez, porque está menos cansada de decir y tiene más adeptos en este tiempo de nacimiento. Cuando Grondin analiza el lugar del oído y de su prudencia para la comprensión hermenéutica en Gadamer dice: “En el saber moral nuestro ser mismo está siempre en juego con (otros)”.

El lugar de filosofía primera que la estética parece tener en la hermenéutica gadameriana, justifica que el juego como categoría artística, se convierta desde el punto de vista ontológico, en el modo en que el hombre opera mediaciones entre los distintos niveles de la realidad y de sí mismo. Jugar es una de las forma más originarias de pertenecer y participar, y la más simple de corresponder a lo dicho al oído. Todo el sobrepeso con el cual la noción de pertenencia carga a la intersubjetividad, se complementa con la levedad que trae el juego.

Jugar no es sólo un comportamiento, sino un modo de ser que tiene su modelo en la obra de arte. En su representación, la obra artística propone un juego y hace de los

---

<sup>5</sup> Gadamer, Ibid, p. 438

espectadores, co-jugadores y participantes de lo que está aconteciendo frente a ellos. La pertenencia, que significa el estar fuera de sí de esta experiencia, es un pertenecer de la obra, que se manifiesta en su necesidad de ser representada, es decir, de participación de los espectadores en la propuesta lúdica.

Por el oído se inicia ese juego hermenéutico sostenido sobre la radicalidad de la mediación lingüística y se pone de manifiesto ese “juego que se juega con nosotros”<sup>6</sup>. Oír y jugar son un modo de ser en relación de lo humano. Se aceptan los límites, las reglas y el orden propio del juego. La acción lúdica supone la escucha, está atenta y sabe de la finitud su poder, por eso, la conciencia lúdica es la que reconoce su condición prejuiciosa y, por tanto, la necesidad del diálogo, es la que espera la pregunta y reconoce su posibilidad de equivocarse.

Conversar y comunicarse con otros es jugar, es involucrarse en ese movimiento de ir y venir, que se sostiene sobre el oído, para tejer con la narración una comunidad en la que todos participan con el tono único de sus palabras. El juego es el modo moral de ese mutuo vínculo de pertenencia del que anoticia el oído.

La transformación, que generan el oído y el juego, es el traspaso de la confianza al otro que juega con nosotros y reclama la atención de nuestro oído, por eso, ambos están ligado con la figura de la promesa. ¿Qué puede decirse de ella a partir de lo pensado por Gadamer sobre la comunidad? Prometer implica saber de la finitud del poder, ser consciente de todo lo que puede salir mal y, sin embargo, empeñar en el ahora mi palabra como garantía a futuro. El hombre, que sabe jugar, es un ser que promete, atendiendo con el oído a una voz del presente. La fuerza de las palabras lúdicas de una promesa, que se arriesgan a la indeterminación del futuro y juegan con decir sí a otras posibilidades nuevas, se nutre de la participación en un presente desbordante, como momento insustituible de aparición óptica.

La intencionalidad lúdica de la conciencia quiere decir, no sólo que el hombre es oyente de la tradición viva, sino que también se define con la capacidad de prometer. Reconoce y se liga a su tierra de pertenencia, a sus historias que son también las de otros, y tiende empeñando su palabra, como si prometer fuese un juego de responder que carece de todo peligro de agobiar.

El juego y el oído recuperan el poder aglutinante de la creencia en otros y en sus historias, porque muestran que son historias compartidas. De pronto, pertenecemos al mismo suelo y en la diferencia de la marca radical que nos separa, aparece la condición común. Por el juego y el oído, cada hombre tiene una clave única de correspondencia con otros, alcanza un entendimiento distinto y una profundidad de confluencia diferente. Este peculiar carácter intersubjetivo del sentido auditivo y de su movimiento indica que lo común nace del vínculo entre singulares. Una comunidad puede ser ese encuentro único entre únicos.

Lic. Francisco Díez Fischer

---

<sup>6</sup> Cf., Gadamer, *ibid.*, p. 157 El pasaje hace referencia a esa indistinción que también reconoce Platón y por la que “el que sabe apreciar la comedia y la tragedia de la vida es el que sabe sustraerse a la sugestión de los objetivos que ocultan el juego que se juega con nosotros.” Para Platón Cf. **Filebo**, 50 b.